

## JULIO CÉSAR. ENTRE LA VOLUNTAD INDIVIDUAL Y LA ESTRUCTURA HISTÓRICA

### *JULIUS CAESAR. BETWEEN INDIVIDUAL WILL AND THE HISTORICAL STRUCTURE*

*Mauro Javier Saiz*

Doctorando en Ciencias Políticas (Pontificia Universidad Católica Argentina)

**Resumen.** Este artículo repasa algunos de los momentos esenciales e historiográficamente más estudiados de la biografía de Julio César, buscando señalar las influencias mutuas entre su excepcionalidad individual y las tendencias estructurales de la época como factores causales de los eventos y los efectos que sus acciones producirían.

**Abstract.** *This article reviews some of the essential and historiographically most studied moments of Julius Caesar's biography, attempting to point out the mutual influences between his individual exceptionality and the structural tendencies of the period, as causal factors for the events and effects that his actions would produce.*

**Palabras clave:** Julio César, estructura, individuo, República Romana, biografía.

**Keywords:** *Julius Caesar, structure, individual, Roman Republic, biography.*

**Para citar este artículo:** SAIZ, Mauro Javier, "Julio César. Entre la voluntad individual y la estructura histórica", *Ab Initio*, Núm. 11 (2015), pp. 25-49, disponible en [www.ab-initio.es](http://www.ab-initio.es)

Recibido: 07/07/2014

Aceptado: 10/03/2015

## I. INTRODUCCIÓN

La de Cayo Julio César es, indudablemente, una de las biografías que mayor atracción ha generado tanto en su tiempo como entre el público moderno (académico o no). Su vida y obra marcaron un punto de quiebre en la historia de la Roma antigua y, puede decirse, en la historia de la Humanidad. Ríos de tinta atestiguan tal importancia y centralidad, así como el interés que mercedamente despierta. Pero un riesgo acecha constantemente: la fascinación por el personaje lleva a redimensionarlo, convirtiéndolo en una figura sobrehumana y ficticia. Muchas veces lleva implícito el presupuesto de que tanto sus pensamientos y acciones como las consecuencias de éstas dependen en última instancia de su propia voluntad, y de que es al menos consciente de los factores externos que lo limitan. Así, el gran hombre decide y su decisión cambia la Historia. Su excepcionalidad reside, en parte, en esa capacidad de dominar las circunstancias, de reencauzarlas según sus deseos o necesidades.

El historiador, aunque prevenido contra esta tentación, todavía es susceptible de limitarse a una “historia de los eventos”, donde son exclusivamente éstos los que van construyendo la Historia. Tal vez no sea aquí la voluntad de César la única que importe, sino el juego de ésta con varias otras: las de sus aliados, subordinados y enemigos. La sucesión de acontecimientos moldea, uno tras otro, el abanico de posibilidades alternativas a disposición de los actores. Contra una visión semejante se manifestaba ya desde mediados del siglo pasado la escuela francesa de los *Annales*, rescatando el valor y peso de la que denominaran *longue durée*. Se rescata así aquellos factores invariables a lo largo de extensos períodos de tiempo, muchas veces seculares, que por ello habían sido ignorados por la historiografía anterior a pesar del indudable condicionamiento que estos grandes aspectos imponen sobre épocas y civilizaciones enteras. En esta dimensión, resulta clave el concepto de “estructura”. En palabras de quien fuera el mayor exponente de esta corriente, Fernand Braudel:

“La segunda [llave], mucho más útil, es la palabra estructura. Buena o mala, es ella la que domina los, problemas de larga duración. Los observadores de lo social entienden por estructura una organización, una coherencia, unas relaciones suficientemente fijas entre realidades y masas sociales. Para nosotros, los historiadores, una estructura es indudablemente un ensamblaje, una arquitectura; pero, más aún, una realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transportar. Ciertas estructuras están dotadas de tan larga vida que se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones: obstruyen la historia, la entorpecen y, por tanto, determinan su transcurrir. Otras, por el contrario, se desintegran más rápidamente. Pero todas ellas, constituyen, al mismo tiempo, sostenes y obstáculos”<sup>1</sup>.

Por consiguiente, el aspecto estructural puede entrar en conflicto con la fuerza causal intuitivamente asignada a la persona de César y de sus contemporáneos. Cabe preguntarse en qué medida los eventos de su biografía dependieron de él y hasta dónde podemos atribuirlos a factores supraindividuales más allá del control (e inclusive de la percepción) de ningún hombre o conjunto de hombres en particular. Tanto mayor interés revestirá este interrogante, cuanto mayores y más profundos sean los efectos que se identifiquen para cada hecho determinado.

Desde ya que no se sabe absolutamente todo sobre César ni existe acuerdo respecto de mucho de aquello que sí conocemos. A las discusiones en torno a la veracidad de las fuentes y la posibilidad o probabilidad de ciertos datos fácticos se agregan los (quizá más complejos) problemas de interpretación acerca de las intenciones, ideas, conocimientos y actitudes de los actores involucrados, ya sean individuales o colectivos. Es precisamente en aquellos puntos de mayor relevancia histórica donde las más diversas posiciones han sido acaloradamente sostenidas. Sin pretender definir ninguno de estos debates de larga data, lo cual excedería con mucho las pretensiones y posibilidades del presente trabajo, se intentará revisar algunos de dichos eventos señalando la posible influencia en su causación por

---

<sup>1</sup> BRAUDEL, Fernand, *La Historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1968 (1958), p. 70.

parte de los elementos propios de la corta duración como de aquellas configuraciones estructurales pertenecientes a la larga duración. En ocasiones será necesario presentar las distintas posturas y explicaciones que han sido propuestas, a fin de verificar en qué medida unas y otras dan cuenta del impacto de factores pertenecientes a una y otra dimensión de análisis.

A lo largo de las siguientes secciones se recorre superficialmente los momentos centrales de la vida del político, general y dictador. Se hace mención de los inicios de su carrera política hasta el primer consulado, sus exitosas campañas militares en las Galias, los motivos y circunstancias que lo llevaron a desatar una guerra civil y, concluida ésta, su labor como cónsul y dictador hasta su famoso asesinato. Como resulta evidente, ninguno de estos temas se ve agotado, pero es la intención de este estudio mostrar al menos hasta dónde la estructura de su época condicionó fundamentalmente las posibilidades de César e influyó en los resultados obtenidos.

## II. CURSUS HONORUM

Como ha sido señalado repetidamente, si se observa la mayor parte de la carrera política de Julio César, al menos hasta su primer consulado, en 59 a.C., ésta no resulta demasiado diferente de la de muchos otros miembros de la *nobilitas* romana en la época<sup>2</sup>. Accedió a los sucesivos cargos que marcaban el *cursum honorum*, tal como había quedado configurado tras la restauración silana de los años 80 a.C. Sirvió, como era habitual entre los jóvenes adultos de su clase, en calidad de oficial militar bajo las órdenes de Marco Minucio Termo, gobernador de Asia<sup>3</sup>. De allí en adelante actuó como acusador en varios juicios a senadores y ex gobernadores. Fue elegido tribuno militar, *quaestor*, *aedilis curulis*, *praetor* y fue designado gobernador de Hispania Ulterior<sup>4</sup>, además de llegar a ser *Pontifex Maximus*<sup>5</sup>.

Exceptuando un estilo particularmente extravagante, reflejado por ejemplo en la vestimenta, y una incipiente reputación como orador<sup>6</sup>, en este punto el joven aristócrata no se distinguía de muchos otros que antes que él habían recorrido el mismo camino. Es cierto que se había distinguido por su acción rápida y espontánea en defensa de los territorios romanos en Asia, ante el ataque de uno de los

<sup>2</sup> La obra de referencia sobre las prácticas y estamentos de la aristocracia romana durante la República es el breve pero completo estudio de GELZER, Matthias, *The Roman Nobility*, Oxford, Basil Blackwell, 1969.

<sup>3</sup> Suet. *Iul* 2; Plu. *Caes.* 1. Durante este período es que el joven conoció las costumbres y modos de los reinos helenísticos orientales, principalmente con ocasión de su estadía en la corte de Nicomedes IV, rey de Bitinia, episodio que daría lugar más tarde a rumores de una relación homosexual, probablemente infundados. OSGOOD, Josiah, "Caesar and Nicomedes", *The Classical Quarterly*, Núm. 58, Vol. 2 (2008), pp. 687-691. Lo relevante del asunto es que César estableció vínculos de hospitalidad y de clientela con algunos importantes personajes de la región.

<sup>4</sup> Plu. *Caes.* 11-12.

<sup>5</sup> Plu. *Caes.* 7; Vell. II, 43; Suet. *Iul.* 13.

<sup>6</sup> Plu. *Caes.* 4; Suet. *Iul.* 4-6.

comandantes del rey Mitrídates VI, pero esto a lo sumo le confería una modesta fama cívica y militar, pero distaba de ser un comportamiento heroico sin parangón.

Por otro lado y a pesar de la poca información existente referida a la juventud de César, no cabe duda que una serie de hechos lo debieron haber marcado fuertemente, así como al resto de su generación. Durante su niñez y juventud Roma sufrió la Guerra Social (91-88 a.C.), la primera marcha de un general romano con sus tropas sobre la ciudad (Sila, en 88 a.C.), el régimen de Cina y Mario, seguido por la sangrienta dictadura de Sila (82-79 a.C.), la rebelión de Lépido (77 a.C.), la revuelta de esclavos dirigida por Espartaco (73-70 a.C.) y la conspiración de Catilina (63 a.C.), entre los más notorios. Aunque difieren en su importancia real, estos eventos dan cuenta de que César, junto con muchos otros, creció en una Roma donde los problemas estructurales ya se empezaban a hacer manifiestos. Los problemas con los *socii*, las luchas violentas entre generales romanos, y la creciente participación de la mano de obra esclava en la economía o como entretenimiento (gladiadores) serían todas ellas cuestiones que permanecerían presentes en los debates políticos de las décadas subsiguientes. Esto supone que la sociedad romana de la época, y especialmente entre ellos las nuevas generaciones, progresivamente dejarían de pensar (o, más importante, de sentir<sup>7</sup>) la República en los mismos términos que sus antecesores. Se ha atribuido a esto la relajación de las costumbres morales que la juventud exhibió cada vez más intensamente a lo largo del siglo.

De entre todos los eventos mencionados, probablemente fuera la dictadura silana la que dejara una impresión más duradera sobre César, así como entre el resto de los romanos que la vivieron. Las proscripciones, los asesinatos y persecuciones en una escala nunca vista en la ciudad pusieron en evidencia del modo más espectacular que la política normal había dejado de funcionar y sentó el antecedente del uso de la violencia para obtener las pretensiones políticas contra los magistrados constituidos. Al mismo tiempo, fue un ejemplo elocuente de la necesidad de que las transformaciones en el ejército, ampliando la base de reclutamiento a las clases más pobres y profesionalizándose, podían proveer a un general exitoso de legiones más leales a él que a Roma. Por último, la situación legal de Sila desnaturalizó la figura de la dictadura, que hasta ese momento siempre había estado acotada temporalmente a seis meses.

En conjunto, esta experiencia instaló en la vida política romana la permanente posibilidad de utilizar la fuerza militar contra la propia ciudad, como varios intentaron y algunos lograron más adelante. En muchos aspectos fue anticipatoria de la propia situación de César, tres décadas después. Pero el joven aristócrata se vio afectado de una manera más directa aun. Sobrino de Mario y casado con

---

<sup>7</sup> Hay quien describe la situación justamente como una crisis en la que se seguía pensando la República en los mismos términos, es decir, venerando el modelo tradicional de los antepasados. Ante el agotamiento material de este esquema, las reacciones (el abandono de la moral tradicional, los cambios en la competencia política dentro de la clase senatorial) no llegaron a plantear nunca un modelo alternativo. Vid. MEIER, Christian, *Caesar*, Nueva York, Basic Books, 1982.

Cornelia, hija de Cina, no parece haber estado involucrado fuertemente en la primera guerra civil. Sin embargo, fue tal vez la única persona que rechazó la orden directa de Sila de divorciarse de su esposa<sup>8</sup>. Subsecuentemente incluido en las listas de proscriptos, debió huir y estuvo muy cerca de ser capturado por una patrulla silana, de la que escapó sólo después de pagar un fuerte soborno<sup>9</sup>. Esta experiencia indudablemente da muestras tempranas de la fuerte confianza en sí mismo (u obstinación, dependiendo de cómo se lo vea) que César exhibiría en su vida posterior. De todos modos, no debe leerse en este episodio una identificación irreversible con el bando mariano ni un odio intenso para con el silano. Como se ha remarcado, tras la muerte de Cornelia, su segunda esposa será Pompeya, nieta del propio Sila<sup>10</sup>.

En definitiva, lo que puede deducirse de lo dicho hasta aquí es que toda esta serie de eventos fueron marcando la personalidad de César desde la juventud y primera adultez. Pero al mismo tiempo que construían al individuo, moldeaban a toda la generación. La misma estructura de la vida política romana debió hacer frente a situaciones excepcionales e incorporarlas, como fuera posible, en una cultura donde el antecedente tenía un lugar elevado a la hora de dirigir la práctica, las diferentes formas de hacer y de pensar. No fue sólo Julio César el que cambió, sino que fue Roma. Y muchos autores, tanto antiguos como modernos, coinciden en ubicar en estos cambios el principio del fin para la República.

Antes de cerrar esta sección, es necesario mencionar, al menos, la que sería la culminación de la carrera política de César en Roma hasta después de la Guerra Civil: su consulado en el 59 a.C. El llamado Primer Triunvirato<sup>11</sup>, independientemente de su informalidad, no fue otra cosa que una nueva constatación del poder preeminente que uno o unos pocos individuos podían ganar, contra la fuerte insistencia de la ética política de la clase dominante en mantener una relativa homogeneidad en el poder y la *auctoritas* que una persona dada pudiera detentar en relación al resto de la aristocracia. Dicha animadversión de la élite hacia el éxito individual excepcional y la consecuente acumulación de poder y méritos llegó a ser así contraproducente. Dice Meier al respecto:

“Ellos [la aristocracia] vivían en constante temor de que individuos ambiciosos pudieran una vez más desafiar las reglas del decoro senatorial y violar la fundamental igualdad que prevalecía entre los senadores, o al menos entre los príncipes, que llamaba a la solidaridad dentro del esquema tradicional y una disposición a verse atado en última instancia por el juicio del Senado. [...] No obstante, como todos los esfuerzos iban en asegurar que todos adhiriesen a las reglas y que nadie se volviese demasiado importante, no existía ya la flexibilidad que era necesaria si tareas excepcionales debían

<sup>8</sup> Suet. *Iul.* 1; Plu. *Caes.* 1; Vell. II, 41.

<sup>9</sup> RIDLEY, Ronald T., “The Dictator’s Mistake: Caesar’s Escape from Sila”, *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, Núm. 49, Vol. 2 (2000), pp. 211-229.

<sup>10</sup> GOLDSWORTHY, Adrian, *Caesar. Life of a Colossus*, New Haven, CT, Yale University Press, 2006, p. 101.

<sup>11</sup> Vell. II, 44; Suet. *Iul.* 19.

ser adecuadamente realizadas. Una dicotomía emergió entre la defensa de la conducta y orden convencionales – en la que todos se concentraban – y la resolución de urgentes problemas prácticos, que eran consecuentemente descuidados<sup>12</sup>.

Tanto en su elección como en el ejercicio de la magistratura, César pretendió llevar adelante un programa legislativo<sup>13</sup> para lo cual en primer lugar intentó ganar el apoyo de la mayoría del Senado. No obstante, fracasando en este intento, estuvo dispuesto a hacerlo sin o hasta contra la voluntad de la mayoría senatorial (y del otro cónsul en funciones, Bíbulo). Nuevamente se hacen presentes la violación del precedente, la intimidación e incluso la violencia para poner en práctica las medidas deseadas. No se puede dejar de señalar, una vez más, cómo la posición y las acciones de César, amparado no por la mayoría, sino por los dos hombres más salientes de la República, de por sí rompía con disfuncional ética de la igualdad senatorial, que lo enfrentaría con la facción *optimata*, de la que Catón sería el principal referente. El enfrentamiento entre ellos por la voluntad de unos de limitar el poder del otro no haría más que crecer con el paso del tiempo, al revestirse el general de la gloria de su sorprendente éxito militar en las Galias.

Sin embargo, justamente el primer triunvirato y la etapa de su primer consulado permiten constatar que no se trató exclusivamente de la iniciativa de César la que alteró fundamentalmente una situación previa de orden, ni quebró una disciplina de clase hasta el momento incólume. Por el contrario, en el hecho mismo de que dos hombres se vieran en condiciones de imponer a su candidato y apoyar su programa político contra los deseos de la mayoría del Senado, por su sola voluntad, ya manifiesta claramente que la igualdad senatorial había dejado de ser una realidad. Es indudable que la gestión y hábil diplomacia cesariana contribuyeron no poco a unir a esos viejos rivales que eran Craso y Pompeyo, pero en todo caso funcionó allí como catalizador, como agente de una tendencia estructural que ya existía en el mundo político romano más allá de un individuo dado. En los dos (aunque no solamente en ellos), y especialmente en Pompeyo, ya se encuentra en germen la posibilidad para un individuo de lograr una situación especial de dominación sobre el resto de la élite gobernante. De este modo, César llegaría a desarrollar hasta sus últimas consecuencias unas potencialidades que ya existían antes de él y más allá de él.

### III. LA GUERRA DE LAS GALIAS

Como se ha resaltado a menudo, las diferentes campañas que en conjunto conocemos como “Guerra de las Galias” constituyeron, para César, la mayor oportunidad de obtener gloria y reconocimiento en Roma<sup>14</sup>. No menos importante es que en el curso de este prolongado conflicto (o conflictos, para ser más

---

<sup>12</sup> MEIER, C., *Opus cit.*, pp. 122-123. Excepto que se indique lo contrario en el listado de referencias bibliográficas, todas las traducciones al español son mías.

<sup>13</sup> Suet. *Iul.* 20.

<sup>14</sup> Plu. *Caes.* 15; Vell. II, 46.

exactos) el general progresivamente fue “construyendo” un ejército veterano y fuerte, ante todo leal a él<sup>15</sup>, al tiempo que se enriqueció, amasando una fortuna que luego distribuyó con prodigalidad entre sus tropas, los oficiales, diversos proyectos edilicios en Roma y la obtención de apoyos políticos. Asimismo, esta empresa consumió una parte importante de la vida del gran hombre. Abandonando la vecindad de Roma en 58 a.C. con autoridad proconsular sobre las provincias de Iliria, Galia Cisalpina y Galia Transalpina, no regresaría por un lapso de casi diez años.

El primer interrogante que se nos presenta, y que ha enfrentado a la historiografía posterior, es el referido a las causas que dieron lugar a la guerra. Donde unos ven simplemente otra instancia del famoso imperialismo romano<sup>16</sup>, ya en auge, otros consideran que, al menos hasta ese momento, los antecedentes y prácticas militares romanos no contemplaban una guerra ofensiva con el único objeto de la conquista y para el encumbramiento del general que la dirigiese.

Es difícil exagerar el valor que tiene para nosotros, en este punto, esa obra magistral de la propaganda política que son los *Commentarii de Bello Gallico*, escrita por el propio Julio César. Escritos para difundir sus varios éxitos y emprendimientos entre la población de Roma, manteniéndose visible en la escena pública de la ciudad, además servían para justificar sus acciones frente a los críticos<sup>17</sup>. Aún hoy persiste la discusión en torno a la fecha de publicación de cada uno de los diferentes libros que conforman la obra. Según una postura, cada uno de ellos se habría publicado en Roma durante los meses de invierno, al cierre de la época de campaña, lo cual parece acorde al objetivo de mantener viva la admiración pública por sus victorias en el dinámico mundo de la política romana. En tanto, otros opinan que es más probable que el conjunto de la obra haya sido revisada y corregida, antes de publicarse en bloque alrededor del cierre de la guerra, una vez derrotadas las principales revueltas galas, es decir, en algún

---

<sup>15</sup> Suet. *Iul* 69; Plu. *Caes.* 16-17. La relación de César con sus tropas es plenamente ilustrativa de las transformaciones en la organización y naturaleza de la actividad militar durante este período. Es razonable afirmar que su éxito en el campo de batalla a lo largo de sus numerosas campañas se debió a su particular vínculo con sus hombres y su capacidad para arengarlos e inspirarles lealtad al menos en igual medida que a su habilidad técnica o táctica. EZOV, Amiram, “The ‘Missing Dimension’ of C. Julio César”, *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, Núm. 45, Vol. 1 (1996), pp. 64-94; NORDLING, John G., “César's Pre-Battle Speech at Pharsalus (B.C. 3.85.4): *Ridiculum Acri Fortius...Secat Res*”, *The Classical Journal*, Núm. 101, Vol. 2 (2006), pp. 183-189.

<sup>16</sup> La aplicabilidad del término “imperialismo” a la Roma de este período ha sido ampliamente discutida. Por exceder con mucho las miras de este artículo, señalemos simplemente que aquí se ha utilizado por considerarlo adecuadamente descriptivo de las actitudes, percepciones y acciones romanas, al menos en algunos casos notables, aunque no fueran constantes ni compartidas por la totalidad de los romanos. Para una discusión más detallada sobre este tema, Vid. BADIAN, Ernst, JAMES, Nicky, *Roman imperialism in the late republic*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1968; WEBSTER, Jane, COOPER, Nick (Eds.), *Roman imperialism: post-colonial perspectives*, Leicester, University of Leicester, 1996; REVELL, Louise, *Roman Imperialism and Local Identities*, Cambridge, MA, Cambridge University Press, 2009.

<sup>17</sup> OSGOOD, Josiah, “The Pen and the Sword: Writing and Conquest in Caesar's Gaul”, *Classical Antiquity*, Núm. 28, Vol. 2 (2009), pp. 328-358.

momento del año 51 a.C.<sup>18</sup> Independientemente de ello, existe acuerdo respecto a que los *Comentarii*, a pesar de la apariencia de objetividad lograda mediante diversos mecanismos retóricos, como la narración en tercera persona o el reconocimiento de virtudes a los contrincantes y de los logros de sus subordinados, y en gran medida a través de ellos, buscan presentar las decisiones y acciones del general bajo la luz más favorable, justificándolas cuando es necesario<sup>19</sup>. Esto implica que, siguiendo la lógica inversa, los distintos argumentos así introducidos permiten conocer aquellos puntos del relato que César podía prever serían los más criticados, así como las causas y explicaciones que él consideraba serían mayoritariamente aceptadas como válidas por el sentido común romano contemporáneo.

Regresando a la pregunta original por las causas de la guerra, los *Comentarii* comienzan estableciendo aquella famosa esquematización tripartita, en buena medida forzada<sup>20</sup>, del territorio y pueblos que comprende la Galia. Inmediatamente se adentra en los eventos que condujeron a la tribu de los *helvetii*, originalmente instigados por el noble Orgétorix, a organizar y emprender una migración masiva hacia el oeste, presuntamente buscando territorios más amplios que aquellos a los que estaban confinados y donde tuvieran mejores oportunidades para atacar y saquear a sus vecinos<sup>21</sup>. La ruta elegida llevaría a los migrantes a través de la provincia romana, lo que lleva a César a negarles el paso, obligándolos a dar un largo rodeo, pasando por las tierras de los *aedui*. Reforzado con nuevas legiones, los romanos persiguieron y atacaron a los *helvetii* también en este nuevo camino, hasta derrotarlos y obligarlos a retornar a su ubicación anterior<sup>22</sup>. Hasta aquí todavía encontramos la acción militar explicada en términos de defensa de pueblos aliados, motivo que era generalmente reconocido y habitualmente empleado para justificar la acción militar romana. Lo mismo dirá del conflicto con Ariovisto y los *suebii*, ese mismo año, supuestamente a pedido de los representantes galos afligidos por su tiranía y creciente poder. Aquí también apela, una vez más, al rechazo romano por las migraciones que pudieran alterar el balance de poder (por otra parte, apoyándose en la misma distinción tajante entre galos y germanos que él mismo introdujera al comienzo del libro). Todo esto independientemente de haber sido

<sup>18</sup> WISEMAN, Timothy P., “The Publication of De Bello Gallico”, en WELCH, Kathryn, POWELL, Anton (Eds.), *Julius Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instruments*, Londres, Duckworth, 1998, pp. 1-9.

<sup>19</sup> WELCH, Kathryn, “Caesar and his Officers in the Gallic War Commentaries”, en WELCH, K., POWELL, A. (Eds.), *Opus cit.*, pp. 85-110.

<sup>20</sup> KREBS, Christopher B., “‘Imaginary Geography’ in Caesar’s ‘Bellum Gallicum’”, *The American Journal of Philology*, Núm. 127, Vol. 1 (2006), pp. 111-136. *Vid.* SCHADEE, Hester, “Caesar’s Construction of Northern Europe: Inquiry, Contact and Corruption in ‘De Bello Gallico’”, *The Classical Quarterly*, Núm. 58, Vol. 1 (2008), pp. 158-180.

<sup>21</sup> *Caes. Gal.* I, 2-5.

<sup>22</sup> Algún autor postula que en los movimientos contra los *helvetii* ya se puede vislumbrar una intención preexistente en César de avanzar con todas sus fuerzas sobre la Galia. THORNE, James, “The Chronology of the Campaign against the Helvetii: A Clue to Caesar’s Intentions?”, *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, Núm. 56, Vol. 1 (2007), pp. 27-36.



declarado, pocos años antes, el mismo Ariovisto como amigo de Roma<sup>23</sup>.

A partir de este punto, sin embargo, numerosas campañas se suceden sin darnos siempre el texto argumentos tan satisfactorios. Así encontraremos las acciones militares contra los *belgae*,<sup>24</sup> los *veneti*,<sup>25</sup> los *usipetes* y *tencteri*,<sup>26</sup> el cruce del Rin a Germania,<sup>27</sup> las expediciones a Britania,<sup>28</sup> el levantamiento de los *eburones* y sus aliados liderados por Ambiórrix<sup>29</sup> y, finalmente, la rebelión generalizada encabezada por Vercingétorix.<sup>30</sup> En ocasiones, la ofensiva cesariana es la reacción ante un ataque galo (esto es, una vez que los romanos se han establecido en sus tierras), mientras que en otros casos la excusa es el peligro de migraciones que alterarían el *statu quo* o sofocar las rebeliones locales. En última instancia, el objetivo general de las campañas (al menos desde el año 57 a.C.) es simplemente consolidar el dominio romano sobre una región que antes no le estaba sometida, lo cual no podría hacerse sino a través de la victoria militar ya que “todos los hombres naturalmente son celosos de su libertad y enemigos de la servidumbre”<sup>31</sup>.

Si nos apartamos ahora de los *Comentarii*, debemos preguntarnos si la estructura política romana de esa época incentivaba guerras de conquista de este tipo. En otras palabras, ¿fue la Guerra de las Galias empresa personal guiada únicamente por el hambre de gloria del general romano o más bien se inserta en una práctica generalizada condicionada por factores políticos, económicos y geográficos? La corriente historiográfica más crítica de la figura de César ha planteado que una guerra con estas características no estaba, al menos en este momento de la historia de Roma, legitimada a los ojos de sus concepciones jurídicas ni diplomáticas:

“[César] no tenía ninguna instrucción de realizar conquistas, ninguna autoridad para hacerlo. Ya que existían leyes –incluyendo su propia *lex repetundarum*– que prohibían a un gobernador hacer la guerra por su propia iniciativa. Las instrucciones de César pueden haberle permitido operaciones armadas más allá de las fronteras de su provincia si los intereses de Roma lo requerían. Los gobernadores romanos probablemente debían ser dotados de tal latitud, pero sólo puede haber sido en relación a la intervención en puntos problemáticos aislados, no a la conquista de países enteros, ni hablar de un territorio tan extenso como la Galia. ¿Cómo llegó entonces César a hacerlo? ¿Cómo fue posible para él embarcarse en una conquista mucho mayor de la que había sido emprendida por cualquier general romano antes que él, sin instrucción ni permiso, y en efecto bastante innecesariamente, en

<sup>23</sup> Caes. *Gal.* I, 32.

<sup>24</sup> Caes. *Gal.* II, 1.

<sup>25</sup> Caes. *Gal.* III, 7-10.

<sup>26</sup> Caes. *Gal.* IV, 4-6; Plu. *Caes.* 18.

<sup>27</sup> Caes. *Gal.* IV, 16; Plu. *Caes.* 22.

<sup>28</sup> Caes. *Gal.* IV, 20; Plu. *Caes.* 13.

<sup>29</sup> Caes. *Gal.* V, 25-26; V, 38; VI, 1; Plu. *Caes.* 24.

<sup>30</sup> Caes. *Gal.* VII, 1-5; Plu. *Caes.* 26-27.

<sup>31</sup> Caes. *Gal.* III, 10.

contravención de los principios de la política exterior romana y a pesar del hecho de que Roma hacía mucho sufría a causa del tamaño de su imperio?”<sup>32</sup>.

Más adelante insiste este mismo estudioso en que incluso algunos de sus contemporáneos, especialmente sus enemigos políticos en el Senado bajo el liderazgo de Catón, consideraron esta una guerra injusta y peligrosa, contraria al derecho internacional, y la criticaron abiertamente.

En apoyo a esta interpretación debe recordarse el uso deliberado por parte de César de divisiones demográficas esquematizadas y la recurrente referencia a la amenaza gala y germana, por ejemplo vinculando a tal o cual pueblo con los *cimbri* y *teutones*, de triste y poderoso recuerdo entre los romanos todavía entonces. Este recurso retórico tendía a inflamar el odio y el temor de sus conciudadanos hacia los galos, magnificando así las victorias del autor, al tiempo que justificaba la ofensiva militar. De ello se sigue que ésta no habría sido tan fácilmente aceptada como legítima por su público en ausencia de la presunta amenaza<sup>33</sup>.

Por otra parte, algunos historiadores adoptan un punto de vista más favorable a la empresa cesariana. Para esta postura, entonces, la práctica expansionista romana preexistía y se encontraba arraigada en su política exterior. Todo esto, claro está, sin negar el enorme peso de la ambición del general por ganar prestigio entre sus conciudadanos, que lo habrían movido a ser un agente especialmente eficaz de esta política. Así, se observa:

“Si los galos hubiesen sabido algo más acerca de la historia romana de lo que parecen haber sabido, habrían sido conscientes de que los romanos jamás en su historia se habían retirado completa y permanentemente de ningún territorio una vez que habían entrado por la fuerza y peleado en él. Entrar a un territorio para proteger amigos o aliados de sus enemigos era un precursor estándar de la conquista romana, y no era nunca seguro entrar en una relación de dependencia tal con los romanos”<sup>34</sup>.

De este modo se controvierte la afirmación previa sobre la práctica romana en la época. Ya no es algo extravagante y propio de un individuo dispuesto a apartarse de los dictados de la tradición. Al contrario:

“Estos motivos eran enteramente apropiados para un gobernador romano, e incluso si César interpretó su deber de una forma extremadamente agresiva, todavía permanecía dentro de los límites de la actuación apropiada para un magistrado de la República. Pompeyo se había comportado de manera similar durante sus campañas en el Este, pero sus campañas y las de César

---

<sup>32</sup> MEIER, C., *Opus cit.*, pp. 235-236.

<sup>33</sup> GARDNER, Jane F., “The ‘Gallic Menace’ in Caesar’s Propaganda”, *Greece & Rome*, Núm. 30, Vol. 2 (1983), pp. 181-189.

<sup>34</sup> BILLOWS, Richard A., *Julius Caesar. The Colossus of Rome*, Oxon, Routledge, 2009, p. 137.

diferían solamente en escala de las acciones de muchos generales romanos anteriores<sup>35</sup>.

Esta versión es, a primera vista al menos, contradictoria con la que se mencionara más arriba. Sin embargo, es preciso tener en mente la distancia que muchas veces separa el discurso diplomático y jurídico de la práctica política y militar. De este modo se vuelve comprensible la aparente tensión entre las abiertas críticas de la facción *optimata* más radicalmente opuesta al prospecto de que César ganase poder (llegando, incluso, a proponer su entrega a los *usipetes* y *tencteri*, a fin de expiar la culpa del trato desleal que aquél les había dispensado) y la simultánea aprobación general de sus victorias y conquistas, que le granjearon la sanción por parte del Senado de períodos de agradecimiento cada vez más prolongados. En otras palabras, es perfectamente posible que, si bien el discurso político o diplomático romano de la época todavía se revistiese de una teoría de la guerra justa y se expresara mediante un lenguaje legalista, pocos (si alguno) en Roma vieran la derrota de enemigos temidos y la conquista de su territorio como algo cuestionable en esos términos.

Más allá de la discusión en torno a los beneficios o perjuicios que la anexión de un territorio tan vasto como el de las Galias podía reportar a Roma, es indiscutible que hacía ya más de un siglo que mayores territorios venían siendo incorporados progresivamente, a veces primero como aliados y luego como provincias. Dicha expansión puede entenderse como un fenómeno estructural, que continuaría en los siglos subsiguientes. Respondía a motivos de diversa índole: económicos, geográficos, estratégico-militares y demográficos. Por otra parte, la efectiva realización de este proceso de expansión imperialista fue llevada a cabo, en muchos casos aunque no en todos, por grandes comandantes deseosos de ganar renombre y riquezas a través de sus campañas militares. Entre ellos, quizá Pompeyo sea el único que se compare con César en este período.

Cabe considerar la necesidad creciente de generales capaces con mandatos de larga duración y ejércitos profesionales, como una tendencia estructural que generaba las condiciones para la aparición y éxito de individuos especialmente dotados. En este contexto, el debate en torno a la mayor o menor fuerza causal de los factores estructurales frente a las cualidades personales de los grandes hombres que forjaron la historia se desdibuja, en cuanto ambos conjuntos de elementos se movían en la misma dirección y se reforzaban mutuamente. Julio César puede bien haber tenido su propia ambición y deseo de poder y autoridad como principal motor para emprender la Guerra de las Galias, pero con ello no hacía otra cosa que saber aprovechar y poner en acto las oportunidades concretas que la estructura de su momento histórico le ofrecía.

---

<sup>35</sup> GOLDSWORTHY, A., *Opus cit.*, p. 238.

#### IV. EL RUBICÓN

El cruce del río Rubicón es, indudablemente, un hecho cuyo principal valor es simbólico, antes que estratégico. De allí que los puntos más controvertidos del episodio sean aquellos referidos a las palabras, intenciones y expectativas de los actores involucrados. Es por eso que resulta interesante resaltar que entre los historiadores antiguos que constituyen las primeras fuentes con que se cuenta se puede hallar diferentes relatos de los sucesos de la noche del 10 al 11 de enero del 49 a.C. y algunos sencillamente no mencionan el evento en absoluto, así como tampoco lo hace el propio César en su *De Bello Civile*<sup>36</sup>. En ocasiones encontramos una profunda reflexión por parte del general respecto de la magnitud y consecuencias de la empresa que está por emprender, mientras que otras veces el significado mayor del evento está simbolizado por relatos de apariciones o fenómenos sobrenaturales<sup>37</sup>.

En términos prácticos, el acto de cruzar el pequeño río, límite entre la Galia Cisalpina e Italia propiamente dicha, al mando de tropas significaba la violación de la legalidad tradicional y la apertura de la guerra civil<sup>38</sup>. Por supuesto, no se trató de una decisión repentina e inesperada; las acusaciones cruzadas, negociaciones y desconfianzas mutuas entre el conquistador de las Galias y el bando *optimatus* bajo el liderazgo de Catón y apoyado en la fuerza de Pompeyo venían sucediéndose desde hacía ya varios meses o incluso más<sup>39</sup>.

Este apartado aborda un interrogante cuya respuesta permanece controvertida y objeto de discusión: ¿cuáles fueron las razones de César (y sus enemigos) para tomar la decisión de abrir la guerra civil? ¿Qué perseguía y qué esperaba cada uno de ellos?

Atendiendo a la figura de César, hay algún grado de acuerdo respecto de que sus planes para el período posterior al regreso de las Galias incluían la prosecución de un segundo consulado, previsiblemente durante el 48 a.C., una vez cumplidos los diez años legalmente exigidos para ocupar nuevamente esa magistratura. Adicionalmente, pretendía celebrar un triunfo en virtud de sus extensas conquistas y victorias frente a los galos. Ante estas intenciones, los *optimates* emprendieron una serie de iniciativas legislativas, principalmente desde el Senado, con miras a relevar al conquistador de su mandato y la conducción de sus legiones, así como obligarlo a hacer campaña en persona como un ciudadano privado, sin

---

<sup>36</sup> Obra cuya fecha exacta de redacción, compleción y publicación se nos hace tan elusiva como la de sus *Comentarii* previos. BOATWRIGHT, Mary T., "Caesar's Second Consulship and the Completion and Date of the 'Bellum Civile'", *The Classical Journal*, Núm. 84, Vol. 1 (1988), pp. 31-40. Para un análisis de las implicancias del estilo literario y redacción de la obra, Vid. GRILLO, Luca, "'Scribam Ipse De Me': The Personality of the Narrator in César's 'Bellum Civile'", *The American Journal of Philology*, Núm. 132, Vol. 2 (2011), pp. 243-271.

<sup>37</sup> RONDHOLZ, Anke, "Crossing the Rubicon. A Historiographical Study", *Mnemosyne*, Núm. 62 (2009), pp. 432-450.

<sup>38</sup> Suet. *Iul.* 31-32.

<sup>39</sup> Plu. *Caes.* 29.

*imperium*<sup>40</sup>. De aquí en más comienzan las divergencias interpretativas. Para unos, fue precisamente el temor a ser llevado ante los tribunales (previsiblemente condicionados, como lo habían sido durante el consulado unipersonal de Pompeyo) lo que llevó a César a insistir en su derecho a competir *in absentia*, tal como le había sido conferido por la llamada Ley de los Diez Tribunos<sup>41</sup>. Otra posición sostiene, por el contrario, que las probabilidades reales de una sentencia judicial contraria, con su consecuente exclusión de la vida política, eran notablemente bajas. Entonces, habría sido el deseo de no ser privado de su triunfo para poder hacer campaña por el consulado, tal como le había sucedido a su regreso de Hispania y en su primer consulado, la principal fuerza detrás de su apego a la *ratio absentis* otorgada por los tribunos<sup>42</sup>. Lo que queda fuera de duda en este debate es que la principal fuente de tensión entre ambos bandos giró alrededor de la posibilidad, por parte del general, de conservar su *imperium* sin solución de continuidad entre su gobernación provincial y un nuevo período consular en Roma.

En todo caso, pocos dudan de que la defensa de su propia *dignitas*, que se veía amenazada independientemente de cuál fuera el perjuicio que efectivamente le esperara en Roma si cedía a las demandas de sus adversarios, era la principal motivación de Julio César. Él mismo lo recalca en diversas enunciaciones de las afrentas a las que lo había sometido el partido contrario, tal como las encontramos en *De Bello Civile*<sup>43</sup>. Desde ya, esto va acompañado de una gama de otros argumentos, como ser la violación de la figura de los tribunos de la plebe y la apropiación del poder de la República por parte de un grupo reducido y preocupado únicamente por conservar su propio poder. No obstante, estos motivos van desapareciendo al avanzar la campaña y las propias acciones de César en ocasiones parecen contradecir sus reivindicaciones formales<sup>44</sup>.

Pero esta constatación no resuelve *a priori* el problema. Resta saber si este fundamento interesado de las acciones cesarianas no va de la mano de consideraciones más profundas sobre la condición de las instituciones republicanas en la época. Aún más, tampoco es absolutamente claro que pueda imputarse toda la responsabilidad por el inicio de la guerra exclusivamente al gobernador insurrecto.

---

<sup>40</sup> Suet. *Iul.* 30.

<sup>41</sup> STANTON, G. R., "Why Did Caesar Cross the Rubicon?", *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, Núm. 52, Vol. 1 (2003), pp. 67-94.

<sup>42</sup> MORSTEIN-MARX, Robert, "Caesar's Alleged Fear of Prosecution and His 'Ratio Absentis' in the Approach to the Civil War", *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, Núm. 56, Vol. 2 (2007), pp. 159-178.

<sup>43</sup> Caes. *Ciu.* I, 7-11; 22; 32; 85.

<sup>44</sup> Ello a pesar de (o quizás debido a) que dicho trabajo fue escrito con la misma capacidad e intención, simultáneamente "historiográfica" y propagandística que ya se evidenciara en los *Comentarii*. Emplea toda una serie de recursos retóricos y narrativos para caracterizar sin adjetivar, justificar, persuadir. DAMON, Cynthia, "Caesar's Practical Prose", *The Classical Journal*, Núm. 89, Vol. 2 (1994), pp. 183-195.

Una corriente historiográfica crítica de la figura de César afirma que no existe evidencia de que éste buscara una reforma del régimen republicano en general, ni que la causa en que se embanderara fuese la de Roma o, siquiera, Italia en un sentido amplio. Para estos autores, no cabe duda que el general sólo perseguía su propia ambición de grandeza, de un reconocimiento y una preponderancia que sinceramente consideraba merecidos<sup>45</sup>. Sin embargo, el resultado no fue producto únicamente de su personalidad individual. Incluso se la ha descrito como una guerra que nadie buscó y nadie quería, pero de la cual no se podía escapar. Nos dice un estudioso enrolado en esta postura:

“Incluso en política mucho es decidido no por los actores, sino a través de ellos. El efecto total de su interacción siempre excede por mucho lo que resuelven entre ellos. Uno debe por lo tanto adoptar un punto de vista más independiente y estudiar el proceso de la crisis como tal si desea comprender su resultado aparentemente paradójico, el *impasse* del 50/40, y la personalidad y posición del hombre que comenzó la guerra civil por razones extremadamente personales – una personalidad y una posición que se vuelven cada vez más desconcertantes, cuanto más debemos explicar por referencia a su carácter particular.

Montesquieu creía que estábamos lidiando aquí con un patrón más general. ‘Si César y Pompeyo hubiesen pensado como Catón,’ escribió, ‘otros habrían pensado como César y Pompeyo.’ Los roles estaban listos para ser ocupados, tal como estaban las cosas, y desempeñarlos no era sólo un asunto de culpa personal, sino al mismo tiempo un reconocimiento de la estructura de la época”<sup>46</sup>.

Del lado contrario hallamos a quienes ven en César al último en una línea de políticos *populares*, comprendiendo a los Gracos, Saturnino, Sulpicio Rufo, Mario, Cina y, más tarde, Clodio, entre los más notables. Aunque esto, en sí mismo, no es discutido por nadie, esta interpretación identifica al carácter *popularis* no únicamente con una forma o estilo de hacer política, es decir, con un método. Por el contrario, aquí los dos famosos bandos se constituyen en movimientos, definidos por formas distintas de ver la vida política romana. De este modo: “Los *optimates* creían que el sistema de gobierno romano era cerca de ideal tal como era, y por lo tanto no necesitaba cambios o reformas significativos”, en tanto que “los *populares* creían que el sistema de gobierno romano necesitaba continuos cambios y reformas sustanciales para enfrentarse a las cambiantes necesidades de la época”<sup>47</sup>. Para este autor, César sería entonces el líder indiscutido de la facción *popularis* en esta época, tal como Catón lo sería de los *optimates*.

<sup>45</sup> Esta posición se puede apoyar, entre otras cosas, en los ofrecimientos de paz que César realizara al inicio de la guerra civil y que fueron rechazados por Pompeyo. Con todo, la sinceridad y beneficios de dichas propuestas están disputados. SIRIANNI, Frank A., “César’s Peace Overtures to Pompey”, *L’Antiquité Classique*, Núm. 62 (1993), pp. 219-237.

<sup>46</sup> MEIER, C., *Opus cit.*, p. 348.

<sup>47</sup> BILLOWS, R. A., *Opus cit.*, pp. 108-109.

El corolario de esta lectura es que en la Guerra Civil se enfrentaron más que intereses personales o de pequeños grupos. Lo que hacía a Julio César diferente de Pompeyo, otro general exitoso con deseo de un papel de predominio en la república, era que el primero se encontraba verdaderamente comprometido con un programa de reforma institucional, mientras que éste último pretendía crecer individualmente, pero sin cuestionar el esquema general de las relaciones de poder, acaparadas por la aristocracia tradicional. De allí que fuera concebible para la élite conservadora el aliarse con uno en contra del otro<sup>48</sup>.

Lo que ambas posiciones soslayan es la comprensión de la política republicana romana esencialmente como un juego individual. En la práctica, la aristocracia romana mantenía una cierta solidaridad orgánica, pero dentro del esquema institucional vigente, cada uno se veía incentivado a perseguir el éxito para él y para honra de su familia. Esto pesaba más que las variables posiciones programáticas. Así es que un mismo senador podía adoptar una lógica *popularis* en una etapa de su carrera y pasar a identificarse con los *optimates* más adelante.

En cuanto a la guerra civil, de lo dicho surge que ni César actuaba como abanderado del reformismo, ni Catón y los *optimates* encarnaban la “verdadera” legitimidad republicana. Puede expresarse así esta postura intermedia:

“La Guerra Civil no se peleó sobre grandes temas o entre ideologías conflictivas, sino que fue acerca de posición personal y *dignitas* – más que nada aquella de César. En años posteriores, especialmente para los hombres viviendo bajo el gobierno de los emperadores de Roma, algunos estuvieron inclinados a ver a César apuntando a la revolución y la monarquía desde su juventud temprana. Ninguna evidencia contemporánea apoya esta afirmación, mientras que sus acciones ciertamente no dan ninguna pista de semejantes planes. Un regreso pacífico para asumir una posición preeminente dentro de la República, su prestigio, influencia y *auctoritas* reconocidos por todos los otros senadores, incluso aquellos a quienes desagradaba, era lo que César ansiaba”<sup>49</sup>.

Empero, no debe pensarse que lo dicho hace recaer sobre los individuos todo el peso de las decisiones tomadas y sus consecuencias. En efecto, más allá de las causas ideológicas (o la ausencia de ellas) de cada bando enfrentado en la guerra, todos los autores citados coinciden en que ésta fue el último paso, el caso límite de un proceso de erosión de la legitimidad republicana tradicional que había comenzado mucho antes. Los sucesivos intentos de reforma de los *populares* pueden o no haber correspondido a un único programa compartido, pero dejan en evidencia la continuidad de un número de problemas recurrentes en la vida política de la República tardía. La relación con los pueblos aliados y/o conquistados, las alteraciones de la economía que concentraban cada vez más la

<sup>48</sup> Vell. II, 47-49; Plu. *Caes.* 28.

<sup>49</sup> GOLDSWORTHY, A., *Opus cit.*, p. 360.

posesión de las tierras en grandes *latifundia* trabajados por mano de obra esclava y consecuentemente dejaban en una mala situación a los pequeños propietarios rurales, muchas veces obligándolos a abonar la creciente masa pauperizada de ciudadanos en la propia ciudad de Roma, la incapacidad del antiguo ordenamiento institucional para hacer frente y dirigir el destino del imperio en expansión; todos estos problemas se vieron reflejados en las discusiones en torno a las cuales permanentemente giró la política romana durante la mayor parte del siglo I a.C., si no desde antes: la extensión de la condición de latinos y de ciudadanos entre los pueblos de Italia y algunas provincias latinizadas, como Galia Cisalpina, la dotación de grano subsidiado o gratuito en la capital, las cíclicas crisis financieras ante la incapacidad de los deudores de hacer frente a sus obligaciones, las reformas en el número de magistrados y la dinámica entre ellos (formalmente bajo Sila y César, pero en la práctica cotidiana mucho se fue modificando a lo largo del siglo, como se expresa a continuación). La práctica política de este período desafió los precedentes para la mayoría de los límites y atribuciones de los diferentes magistrados romanos y los modos de cumplir con sus funciones, entre otras cosas<sup>50</sup>.

No es sólo que la política normal se viera enfrentada a tensiones y problemas permanentemente irresueltos. Desde fines del siglo anterior, en buena medida debido a la necesaria profesionalización de los ejércitos y de la concesión de mandatos prolongados a generales brillantes y hábiles, capaces de ganarse la lealtad de sus hombres por encima de la que éstos tenían para con su ciudad, también el estado de excepción se tornó cada vez más habitual. Vale recordar que el de César no fue el primer caso de un general romano marchando en armas contra la ciudad. Sila había instalado el modelo a seguir (y precisamente no con un fin reformista, sino conservador o restaurador del pasado tradicional en la línea de los *optimates*), que retomarían Mario y Cina, e intentarían sin éxito Lépido y Catilina. Incluso en la misma Roma se observan numerosos períodos de violencia política (algunos de ellos teniendo lugar durante el primer consulado del propio César), llegando a su apogeo con los enfrentamientos entre las infames bandas armadas de Clodio y Milo.

En definitiva, lo que parece aceptado por todas las posturas es que la institucionalidad tradicional romana estaba en franco declive para el 49 a.C. y lo había estado por mucho tiempo. Numerosos factores estructurales se conjugaban para esto, como la expansión geopolítica del imperio, los cambios en la configuración económica, desplazamientos demográficos y, no menos importante, la incapacidad del esquema institucional republicano de mantener la gobernabilidad en estas nuevas circunstancias. Por todo ello, a pesar del éxito de César en construir un poder personal igual o superior al de cualquier general romano antes que él y de desafiar de este modo a la herrumbrosa legalidad republicana, podemos decir con un estudioso del período:

---

<sup>50</sup> Recordemos que, aunque sin fuerza legal, el precedente era parte constitutiva del ordenamiento político romano y las repetidas violaciones a aquél contribuyeron significativamente a la degradación de éste.



“Con todo, el juego entre el grueso de los senadores y los individuos que los enfrentaban como outsiders, era un fenómeno de larga data. Había ocurrido más de una vez desde los tiempos de los Gracos. La causa subyacente era que Roma se veía enfrentada con tareas políticas de tal magnitud que no podían ser realizadas dentro del marco de la solidaridad senatorial tradicional.

Detrás de esto yacía la imposibilidad de encarar los muchos y pesados problemas que derivaban directa o indirectamente del poder imperial de Roma empleando los recursos institucionales, intelectuales y morales de un ‘Estado comunal’. En última instancia, fue la contradicción entre las formas del Estado comunal y las exigencias de un imperio mundial las que condujeron al colapso de la república”<sup>51</sup>.

## V. DICTADURA Y LOS *IDUS DE MARZO*

La pregunta obligada en este apartado apunta al proyecto político que César intentó llevar a la práctica, si es que hubo alguno. De forma similar a los demás puntos controvertidos, la literatura pro y anticesariana se divide en torno a la labor legislativa y administrativa del ahora dictador y, por un tiempo, cónsul. En algún sentido, este debate es la continuación del presentado en la sección anterior. ¿La guerra civil era la continuación militar de un conflicto entre ideologías o programas políticos, o bien sólo una lucha por el poder y la preeminencia entre individuos? Esto no impide pensar que, incluso habiendo buscado el general victorioso únicamente la ratificación y consolidación de una posición de preeminencia y prestigio, pudiera haber logrado una comprensión amplia de los problemas de la República y su potencial solución. Goldsworthy describe las diferentes perspectivas en torno a este problema del siguiente modo:

“Es obvio que César detentaba inmenso poder, pero ha habido poco consenso entre los estudiosos acerca de sus objetivos generales. Algunos querían verlo como un visionario que discernía los problemas que la República enfrentaba, se daba cuenta de que su sistema de gobierno simplemente ya no podía soportar las nuevas circunstancias del imperio, y comprendía que una forma de monarquía era la única respuesta. Sus planes incluían no sólo el cambio político, sino un viraje radical en la relación entre Roma y el resto de Italia, y de ambas hacia las provincias. [...] [Para los críticos] César no era un reformista radical o visionario, sino un aristócrata profundamente conservador que ganó poder en una búsqueda de gloria personal y estatus dentro de la República. Motivado por tales ambiciones tradicionales, tenía poca idea respecto de qué hacer una vez que tomara el control de Roma. En esta visión sus numerosas reformas tratando con un rango tan variado de asuntos diferentes eran el signo no de un programa coherente, sino de la total ausencia de ningún diseño más amplio. César jugueteó con tantas cosas simplemente porque no sabía qué hacer y en

---

<sup>51</sup> MEIER, C., *Opus cit.*, p. 352.

cambio sólo se mantenía ocupado, confundiendo actividad con logro. Ambas visiones son extremas, y la mayoría de los estudiosos han adoptado más razonablemente una posición en algún punto entre las dos<sup>52</sup>.

Entre las amplia gama de decisiones tomadas por César en los últimos años de su vida (especialmente entre el 47 y el 44 a.C., cuando pudo ocuparse con alguna libertad mayor de los asuntos de Roma, una vez que Pompeyo hubo sido derrotado) encontramos: la ampliación de la ciudadanía y el acceso al Senado de muchos italianos y habitantes de las provincias (ampliando el tamaño de este órgano en el proceso), la ampliación del número de magistrados, la restricción en la duración de las gobernaciones provinciales, la revisión de los listados de beneficiarios de la distribución gratuita de grano en la ciudad, programas de colonización de veteranos de guerra y muchos ciudadanos romanos empobrecidos, programas de incentivo a la natalidad, la desarticulación de los *collegia* (que habían alimentado las bandas armadas de los tiempos de Clodio y Milo) excepto las tradicionales, la remisión parcial de intereses debidos y monumentales proyectos de construcción, la reorganización del trabajo en la campaña del sur de Italia; también prestó atención a la ley y la jurisprudencia, ocupándose de las penas por ciertos delitos y proponiendo una codificación del Derecho que nunca se terminó (aunque esta tarea fue emprendida nuevamente en tiempos del Imperio)<sup>53</sup>. Quizás la más duradera de sus reformas haya sido la atinente al calendario, que fue modificado para ajustarlo al ciclo de las estaciones, respecto del cual había quedado significativamente atrasado para esta época.

La mayor parte de este extenso cuerpo de medidas han sido vistas por los comentaristas posteriores (y en algunos casos, también por los contemporáneos) como prudentes y saludables<sup>54</sup>. Las dificultades no surgieron tanto en torno al fondo de la legislación, sino al modo en que César ejercía el poder y la posición anormal que ocupada dentro del sistema. Esta es la explicación de los historiadores antiguos sobre las causas del asesinato del dictador, seguida mayoritariamente por la historiografía moderna.

Incluso más que el cruce del Rubicón, el asesinato de Julio César es el episodio más recordado y reproducido por los historiadores, filósofos y artistas posteriores. Para poder comprenderlo, debemos tener en cuenta la acumulación de poder y honores que el general victorioso de la guerra civil logró, y que en muchos casos fue formalizado o incluso extendido por un Senado deseoso de congraciarse con él. Ya había sido nombrado dictador cuatro veces a lo largo de la guerra civil, luego cónsul por diez años y finalmente dictador perpetuo. También se le confirió

<sup>52</sup> GOLDSWORTHY, A., *Opus cit.*, pp. 472-473.

<sup>53</sup> Plu. *Caes.* 57-59; Sue. *Iul.* 37-44. También es necesario mencionar que una serie de decretos permanecían sin publicar a la muerte de César, los cuales fueron objeto de disputa entre Marco Antonio y el Senado. RAMSEY, John T., "The Senate, Mark Antony, and César's Legislative Legacy", *The Classical Quarterly*, Núm. 44, Vol. 1 (1994), pp. 130-145.

<sup>54</sup> Salvedad hecha de la extensión de la ciudadanía a algunos italianos y provincianos, que fue rechazada por los sectores conservadores de la *nobilitas* romana, ansiosa por conservar su monopolio del poder político.

la *praefectura morum*, un cargo *ad hoc* que implicaba poderes de censor. Todo esto, de por sí, significaba que la última palabra en toda decisión la tenía siempre César. Si bien permitió la elección de magistrados, presumiblemente éstos sólo pudieron ser elegidos con su anuencia. También el Senado continuó funcionando (incrementado en su número, como vimos), pero la mayor parte de las medidas importantes eran tomadas por el dictador y sus secretarios privados, rara vez consultando a aquél órgano.

El mayor temor que acechaba a la clase senatorial tradicional era que César pretendiera el *regnum*, el título de rey, que desde antiguo estaba asociado a la idea de tiranía en el vocabulario político romano<sup>55</sup>. En la práctica, el dictador ya contaba con un poder equivalente, pero era en el campo de la representación y las formas donde, en algún sentido, se marcaban los límites de la sensibilidad pública de la aristocracia. Es en dicha dimensión simbólica que se puede hallar algunas de las principales transgresiones que inclinarían la balanza, decidiendo a un grupo amplio de senadores a llevar adelante una conspiración contra aquel a quien veían como tirano y enemigo de la República. Por citar las principales: la “semidivinización” de César y la institución de un culto oficial a él, el uso de la corona de laurel y la toga púrpura, así como el derecho a sentarse en una silla dorada, el famoso episodio de la diadema (al modo de los reyes helenísticos) ofrecida por Marco Antonio y rechazada por César durante las fiestas de Lupercalia<sup>56</sup>. A esto Suetonio agrega varias expresiones de desprecio hacia las instituciones y la dinámica política tradicional, como ser que “la república no es nada, un mero nombre sin cuerpo ni forma” o que “Sila había sido un analfabeto político por haber resignado su dictadura”, entre otras, aunque debe tenerse en cuenta que muchas de estas frases son conocidas vía el testimonio de fuentes adversas a César<sup>57</sup>.

Como es sabido, un amplio grupo de (según las fuentes) sesenta senadores, liderados por Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino, desarrolló un plan para asesinar al dictador<sup>58</sup>. Entre ellos había tanto colaboradores cercanos de César como antiguos enemigos beneficiados por su política de clemencia. Hay quien ha destacado que, sin negar algún grado de apego al sistema y ética republicanos, las razones de los conspiradores eran mucho más personales. Así, la enemistad directa hacia César (envidiando su poder, sintiendo que sus carreras políticas habían avanzado menos de lo que debería, o en ocasiones un resentimiento culpable por deberle su perdón) habría jugado un papel incluso más fuerte entre los conspiradores que las motivaciones ideológicas<sup>59</sup>. Sin embargo, la

<sup>55</sup> Plu. *Caes.* 60-61; Suet. *Iul.* 76-79.

<sup>56</sup> CARSON, R. A. G., “Caesar and the Monarchy”, *Greece & Rome*, Núm. 4, Vol. 1 (1957), pp. 46-53. El episodio, lejos de aplacar los temores intensificó las suspicacias en torno a las intenciones monárquicas de César.

<sup>57</sup> MORGAN, Llewelyn, “‘Levi Quidem de re...’: Julius Caesar as Tyrant and Pedant”, *The Journal of Roman Studies*, Núm. 8 (1997), pp. 23-40.

<sup>58</sup> Plu. *Caes.* 62-65; Suet. *Iul.* 80; Vell. II, 56-57.

<sup>59</sup> EPSTEIN, David F., “Caesar’s Personal Enemies on the Ides of March”, *Latomus*, Núm. 46, Vol. 3 (1987), pp. 566-570.

interpretación más arraigada y que indudablemente debe haber jugado tenido un peso relativamente importante, es que los participantes en el complot pretendían restablecer el funcionamiento normal de las instituciones republicanas, terminando con la situación legal irregular de César, vista por ellos como la de un tirano<sup>60</sup>. Recuérdese que las convenciones políticas del período rechazaban de plano que cualquier individuo ganara un poder excesivamente mayor que el del resto de sus pares, si bien dicha concepción tradicional se había ido erosionando a la luz de los eventos del siglo anterior. Desde este punto de vista fueron consideraciones ideológicas y morales las que primaron en la adhesión al plan y su ejecución: los conspiradores creyeron estar defendiendo la libertad de la República frente a la arbitrariedad del hombre que la había usurpado<sup>61</sup>.

Retomando ahora el análisis del binomio individuo-estructura, puede decirse que si César, el hombre, no tuvo un proyecto sistemático y comprensivo, al menos sus medidas apuntaron a los mismos problemas de largo plazo que venían afectando a Roma desde hacía varias décadas (como ya se ha dicho más arriba, el desorden económico, la extensión del imperio y la relación con las provincias, la reforma institucional para poder funcionar eficazmente eran todos ellos temas recurrentes). De este modo, su genio particular se volcó a hacer frente a los numerosos asuntos que las tendencias estructurales de Roma y el mundo Mediterráneo planteaban en el siglo. De esto se sigue que, si no logró resolver estas tensiones latentes, e incluso aunque no haya llegado a ver con claridad el cuadro mayor, sí supo reconocer aquellos puntos urgentes que Roma ya no podía darse el lujo de seguir postergando.

Su asesinato representó, al menos en la mente de los conspiradores, un último intento desesperado por salvar la libertad de las instituciones republicanas ante el avance de la tiranía. A la larga, sólo precipitaron a la República en una guerra civil aún más sangrienta, que terminaría conduciendo al cambio político-institucional fundamental de la etapa que hoy conocemos como el Imperio. ¿Era esto inevitable? El propio César parece haberlo considerado así al decir que “era más importante para la República que para sí mismo que él sobreviviese”, si creemos la cita de Suetonio<sup>62</sup>.

La mayoría de los analistas modernos coinciden en afirmar que el esquema republicano había agotado sus posibilidades. Los lentos pero firmes cambios estructurales a que Roma se veía sometida desde hacía dos siglos finalmente habían vuelto el sistema, tal como estaba planteado, incapaz de funcionar normal

---

<sup>60</sup> KEDOURIE, Wlie, “Ideas in History: Why Brutus Stabbed César”, *The Wilson Quarterly*, Núm. 16, Vol. 4 (1992), pp. 112-120.

<sup>61</sup> SEDLEY, David, “The Ethics of Brutus and Cassius”, *Journal of Roman Studies*, Núm. 87 (1997), pp. 41-53. Para un mayor desarrollo, *Vid.* DANDO-COLLINS, Stephen, *The Ides. Caesar’s Murder and the War for Rome*, Hoboken, NJ, John Wiley & Sons, 2010.

<sup>62</sup> Algo que no debe considerarse inmediatamente evidente, teniendo en cuenta que la historiografía antigua era propensa a prestar más atención al estilo artístico, a incluir episodios de dudosa veracidad y a caer en una patente parcialidad. MELLOR, Ronald, *The Roman Historians*, Londres, Routledge, 1999.

y fluidamente. Esto se evidencia en los asuntos recurrentes y siempre irresueltos de la agenda pública, la cada vez mayor violencia de la competencia política y el abandono de los precedentes y la moral tradicional por las nuevas generaciones. Con esto en mente, si Julio César falló (y su asesinato implica un fracaso, ya sea suyo o de sus enemigos<sup>63</sup>), ello fue así debido a que no supo construir la legitimidad, recubrir con las formas conservadoras y republicanas su especial posición de poder, tal como logró hacerlo finalmente Octaviano con incomparable destreza. En este primer sentido, el fracaso fue del individuo. Pero al mismo tiempo, fue también la sociedad romana, especialmente la clase senatorial tradicional, la que todavía no se había resignado a la necesidad de un nuevo ordenamiento; era ella la que resistía frente al inevitable movimiento de largo plazo. Aunque no puede hablarse de tal cosa como un “fracaso estructural”, al menos podemos afirmar que, bajo este otro punto de vista, no se trató de un caso exclusivamente de falta de habilidad por parte del hombre, sino que las propias condiciones sociales y culturales que le permitieron alcanzar esa situación política única todavía requerían un paso más, el agotamiento total de la reserva moral republicana, antes de llegar al punto de quiebre<sup>64</sup>. En última instancia, es probable que ambas dimensiones hayan ejercido cada una su peso en el desenlace de la historia de César (y en su continuación en la historia de Roma<sup>65</sup>).

## VI. CONCLUSIÓN

A lo largo de este artículo se han intentado plantear someramente algunos de los debates historiográficos en torno a las principales etapas o episodios de la vida de Julio César. Excede con mucho los límites de esta investigación el pretender resolver estas controversias de larga data entre los estudiosos. Con todo, se ha buscado analizar, a través de las diferentes posturas en disputa, los aspectos de la obra e influencia cesarianas que pueden ser atribuidos a sus méritos o

<sup>63</sup> Así lo interpreta, por ejemplo, Billows: “Primero, debe decirse que César no fracasó en encontrar una solución: meramente fue asesinado por sus enemigos mientras estaba poniendo en práctica la solución”. BILLOWS, R. A., *Opus cit.*, p. 254.

<sup>64</sup> Esta es la lectura de Meier, para quien la guerra civil y su resultado constituían una “crisis sin alternativa”: “Esto no implica que hubiera ninguna escasez de ‘alternativas’ – es decir, diferentes cursos de acción que pudieran ser adoptados a medida que la situación cambiaba – o que fuera imposible introducir tal o cual reforma. Naturalmente había mucho que podía hacerse, mucho que podía ser cambiado – y que en efecto fue cambiado. Sin embargo, una cosa no podía hacerse: ninguna nueva fuerza podía ser creada que fuese capaz de situar el obsoleto y ampliamente ineficaz orden heredado sobre una nueva base. Mientras esto permaneciera imposible, incluso las reformas tendían solo a prolongar la crisis”. MEIER, C., *Opus cit.*, p. 491.

<sup>65</sup> Es interesante, como han señalado diversos autores, que Augusto enfatizara el culto a César como deidad, pero se dissociara, ignorara o, en algunos casos, hasta menospreciase los logros del dictador a través de todos los medios de propaganda disponibles. Ello pudo deberse a varias razones; entre ellas, aunque las acciones de César marcaron fundamentalmente el destino de Roma y del propio Octaviano, siguió siendo considerado un tirano por algunos y asociado al fin de la República, algo incompatible con el discurso de Augusto. RAMAGE, Edwin S., “Augustus’ Treatment of Julius Caesar”, *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, Núm. 34, Vol. 2 (1985), pp. 223-245; WHITE, Peter, “Julius Caesar in Augustan Rome”, *Phoenix*, Núm. 42, Vol. 4 (1988), pp. 334-356. En términos del análisis intentado aquí, esto evidencia una separación entre los aspectos y efectos estructurales e individuales de su actuación.

excepcionalidad personales y aquellos otros que pueden ser razonablemente asociados a tendencias y factores estructurales, de larga duración y más allá del control de uno o unos pocos individuos concretos.

Sin detenerse en cada punto susceptible de ser investigado, se ha buscado mostrar cómo en muchos de los momentos cruciales que fueron construyendo la vida y obra de César, y que explican su duradero impacto en la Historia, su genio particular le permitió reconocer y/o aprovechar las diversas circunstancias que su contexto histórico le proveían, antes que alterar fundamentalmente condiciones por la sola intervención de su extraordinaria personalidad. Así sucedió con su ascenso al poder consular apoyado por Craso y Pompeyo, dos hombres que habían logrado colocarse, antes que él, en posiciones sobresalientes dentro del esquema republicano; así con su conquista de las Galias, tal vez no sancionada por Roma ni verdaderamente necesaria, pero ciertamente acorde a la secular tendencia expansiva romana; lo mismo en su decisión de encarar una guerra civil y marchar sobre Roma para garantizar su propia posición de poder y *auctoritas*, contra aquellos que pretendían limitarlo y reducirlo a la escala de una aristocracia que no veía con buenos ojos a los héroes individuales, sin verse detenido por los escrúpulos ante la perspectiva de violar en algún grado la legalidad y con toda certeza la moral tradicional romana; así también, finalmente, en su desempeño como dictador, donde debió enfrentar (no necesariamente de modo consciente) muchos de los problemas recurrentes que los cambios que Roma venía sufriendo a lo largo del siglo anterior (por lo menos), y en su asesinato, muestra última de la resistencia que los valores republicanos clásicos todavía podían oponer y de que es necesario siempre encontrar un mínimo de aceptación, por parte de los hombres, de las formas de las que se reviste el poder en una sociedad. En todos estos episodios se encuentra que César, de un modo u otro, tuvo éxito en sus empresas o produjo un impacto especialmente remarcable porque se movía en el mismo sentido de un movimiento histórico mayor que él mismo, sea que lo supiera o no.

Por supuesto, esto no implica desconocer los rasgos notables del gran hombre. Quizás pueda hasta aventurarse que era necesario alguien con características como las suyas para impulsar y llevar a un punto de quiebre el proceso de transformación de la República Romana y su pasaje al período imperial. Pero al mismo tiempo, importa reconocer que se trataba de un proceso estructural, fundado en cambios en los factores geopolíticos, económicos, institucionales y culturales, que no nació con Julio César, sino que lo precedió. No fue él quien por su sola voluntad e intervención derribó a la República. Fue, sin dudas, el protagonista o, cuanto menos, uno de los personajes principales en esa escena del drama histórico, que excede siempre a los actores que interpretan cada papel.

## Fuentes y bibliografía

### a) Fuentes

CÉSAR, Cayo Julio, *La Guerra de las Galias*, GOYA MUNIÁIN, José, BALBUENA, Manuel (Trads.), Barcelona, Ediciones Orbis, 1986.

\_\_\_\_\_, *La Guerra Civil*, GOYA MUNIÁIN, José, BALBUENA, Manuel (Trads.), Barcelona, Ediciones Orbis, 1986.

PLUTARCO, Mestrio, *Vidas Paralelas* (Alejandro-Julio César), RANZ ROMANILLOS, Antonio (Trad.), Buenos Aires, Ed. Espasa-Calpe, 1945.

SUETONIO, Cayo, *Los Doce Césares*, I, AGUDO CUBAS, R. M. (Trad.), Madrid, Ed. Gredos, 1992.

VELEYO PATÉRCULO, Cayo, *Historia Romana*, SÁNCHEZ MANZANO, M. Asunción (Trad.), Madrid, Ed. Gredos, 2001.

### b) Bibliografía

BADIAN, Ernst y JAMES, Nicky, *Roman imperialism in the late republic*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1968.

BILLOWS, Richard A., *Julio César. The Colossus of Rome*, Oxon, Routledge, 2009.

BOATWRIGHT, Mary T., “César's Second Consulship and the Completion and Date of the ‘Bellum Civile’”, *The Classical Journal*, Núm. 84, Vol. 1 (1988), pp. 31-40.

BRAUDEL, Fernand, *La Historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1968 (1958).

CARSON, R. A. G., “César and the Monarchy”, *Greece & Rome*, Núm. 4, Vol. 1 (1957), pp. 46-53.

DANDO-COLLINS, Stephen, *The Ides. César's Murder and the War for Rome*, Hoboken, NJ, John Wiley & Sons, 2010.

DAMON, Cynthia, “César's Practical Prose”, *The Classical Journal*, Núm. 89, Vol. 2 (1994), pp. 183-195.

EPSTEIN, David F., “César's Personal Enemies on the Ides of March”, *Latomus*, Núm. 46, Vol. 3 (1987), pp. 566-570.

EZOV, Amiram, “The ‘Missing Dimension’ of C. Julio César”, *Historia:*

*Zeitschrift für Alte Geschichte*, Núm. 45, Vol. 1 (1996), pp. 64-94.

GARDNER, Jane F., “The ‘Gallic Menace’ in César’s Propaganda”, *Greece & Rome*, Núm. 30, Vol. 2 (1983), pp. 181-189.

GELZER, Matthias, *The Roman Nobility*, Oxford, Basil Blackwell, 1969.

GOLDSWORTHY, Adrian, *César. Life of a Colossus*, New Haven, CT, Yale University Press, 2006.

GRILLO, Luca, “‘Scribam Ipse De Me’: The Personality of the Narrator in César's ‘Bellum Civile’”, *The American Journal of Philology*, Núm. 132, Vol. 2 (2011), pp. 243-271.

KEDOURIE, Wlie, “Ideas in History: Why Brutus Stabbed César”, *The Wilson Quarterly*, Núm. 16, Vol. 4 (1992), pp. 112-120.

KREBS, Christopher B., “‘Imaginary Geography’ in César's ‘Bellum Gallicum’”, *The American Journal of Philology*, Núm. 127, Vol. 1 (2006), pp. 111-136.

MEIER, Christian, *César*, New York, NY, Basic Books, 1982.

MELLOR, Ronald, *The Roman Historians*, Londres, Routledge, 1999.

MORGAN, Llewelyn, “‘Levi Quidem de re...’: Julio César as Tyrant and Pedant”, *The Journal of Roman Studies*, Núm. 8 (1997), pp. 23-40.

MORSTEIN-MARX, Robert, “César's Alleged Fear of Prosecution and His ‘Ratio Absentis’ in the Approach to the Civil War”, *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, Núm. 56, Vol. 2 (2007), pp. 159-178.

NORDLING, John G., “César's Pre-Battle Speech at Pharsalus (B.C. 3.85.4): Ridiculum Acri Fortius ... Secat Res”, *The Classical Journal*, Núm. 101, Vol. 2 (2006), pp. 183-189.

OSGOOD, Josiah, “The Pen and the Sword: Writing and Conquest in César's Gaul”, *Classical Antiquity*, Núm. 28, Vol. 2 (2009), pp. 328-358.

\_\_\_\_\_, “César and Nicomedes”, *The Classical Quarterly*, Núm. 58, Vol. 2 (2008), pp. 687-691.

RAMAGE, Edwin S., “Augustus’ Treatment of Julio César”, *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, Núm. 34, Vol. 2 (1985), pp. 223-245.

RAMSEY, John T., “The Senate, Mark Antony, and César’s Legislative Legacy”, *The Classical Quarterly*, Núm. 44, Vol. 1 (1994), pp. 130-145.



REVELL, Louise, *Roman Imperialism and Local Identities*, Cambridge, MA, Cambridge University Press, 2009.

RIDLEY, Ronald T., “The Dictator’s Mistake: César’s Escape from Sila”, *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, Núm. 49, Vol. 2 (2000), pp. 211-229.

RONDHOLZ, Anke, “Crossing the Rubicon. A Historiographical Study”, *Mnemosyne*, Núm. 62 (2009), pp. 432-450.

SCHADEE, Hester, “César's Construction of Northern Europe: Inquiry, Contact and Corruption in ‘De Bello Gallico’”, *The Classical Quarterly*, Núm. 58, Vol. 1 (2008), pp. 158-180.

SEDLEY, David, “The Ethics of Brutus and Cassius”, *Journal of Roman Studies*, Núm. 87 (1997), pp. 41-53.

SIRIANNI, Frank A., “César’s Peace Overtures to Pompey”, *L’Antiquité Classique*, Núm. 62 (1993), pp. 219-237.

STANTON, G. R., “Why Did César Cross the Rubicon?”, *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, Núm. 52, Vol. 1 (2003), pp. 67-94.

THORNE, James, “The Chronology of the Campaign against the Helvetii: A Clue to César's Intentions?”, *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, Núm. 56, Vol. 1 (2007), pp. 27-36.

WEBSTER, Jane y COOPER, Nick (Eds.), *Roman imperialism: post-colonial perspectives*, Leicester, University of Leicester, 1996.

WELCH, Kathryn, “César and his Officers in the Gallic War Commentaries”, en WELCH, Kathryn, POWELL, Anton (Eds.), *Julio César as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instruments*, Londres, Duckworth, 1998, pp. 85-110.

WHITE, Peter, “Julio César in Augustan Rome”, *Phoenix*, Núm. 42, Vol. 4 (1988), pp. 334-356.

WISEMAN, Timothy P., “The Publication of *De Bello Gallico*”, en WELCH, K., POWELL, A. (Eds.), *Opus cit.*, pp. 1-9.